El instante de la eterna noche

evanesciencia

Capítulo 1

Herbert había sido citado a las once detrás del Ónice, el club de jazz con más prestigio de la ciudad de la noche pero para él, cayendo en su mala costumbre de persona ajena a la música, solo era el lugar de trabajo de la ardiente Bette, la camarera favorita de la mayoría de los clientes masculinos. Sus pequeños rizos rubios, su piel lechosa y sus labios afilados lo convertían en la mujer más atractiva que podía encontrarse en el club pero era su vehemencia a la hora de conversar y escuchar la cualidad más importante y valorada, un imán que atraía a las almas vacías necesitadas de un pequeño momento de compañía.

El viento se coló en el callejón levantando del suelo los restos de bolsas de papel de estraza huecas de botellas junto a la fina bruma que rezumaban las bocas del alcantarillado. Herbert apoyó con desgana una mano en su sombrero para evitar que su cabeza quedase descubierta, y escondió la otra en un bolsillo resguardándola del delgado frescor que trajo la brisa. El soplido de la noche rompió el silencio de las calles. Amplias calles vacías pero el viento quería recorrer los callejones más estrechos de la ciudad.

Los papeles y la bruma volvieron a tumbarse en el frío asfalto y, como si el viento le hubiese dado el turno, un viaje del tranvía volvió a llenar las cercanías de sonido con el repiqueteo de sus tambaleantes ruedas en los carriles. Herbert arrugó con un dedo la manga de su gabardina para poder ver el reloj de muñeca, seguramente sería el último tren de la jornada, el sol les había abandonado hace tiempo. Miró hacia los lados esperando que Bette estuviese jugando con él, que estuviese observándole en uno de los extremos del callejón pero fue en vano; apenas llegaba nada de luz, las farolas de la calle se encontraban alejadas al igual que el neón del letrero del club, aunque las paredes reflejaban algo de su parpadeo.

Dentro de Herbert germinaba cierta molestia; una molestia calmada, cansada. Llevaba esperando más de veinte minutos donde ella le había susurrado por teléfono unas horas antes, que aguardase su salida en el estrecho callejón que daba la puerta trasera de las cocinas. Por costumbre las once era su hora habitual de abandonar el club y, según le confesó tras una interesante conversación, siempre evitaba quedarse más tiempo del habitual para evitar que su trabajo en el Ónice llegase a convertir en un trabajo de verdad.

Desde hace meses Herbert había frecuentado el club cada noche después de salir de la oficina. La primera vez fue por casualidad, o necesidad mejor dicho. Entró un día con un cliente que le contrató para encontrar a su hija desaparecida pues un empleado era uno de los sospechosos. Bette les recibió con una sonrisa, les contestó a todas las preguntas y les indicó donde reunirse con el encargado del club para obtener más información. El caso se cerró al encontrar el cadáver en la cámara frigorífica de una

carnicería varias calles atrás. No había motivo de volver pero cada día necesitaba ver de nuevo esos rubíes con forma de labios arqueados.

Cada noche Herbert cerraba la oficina y andaba dos distritos de la ciudad para entrar en el Ónice, apoyarse en el extremo de la barra de bar y pedir un dedo de whisky. Según la relación con Bette durante su estancia, aumentaba el número de dedos. A veces ella estaba muy habladora con él y en otras los afortunados eran otros hombres. Normalmente era lo habitual, en el club había mesas cerca del escenario con los músicos pero la mayor parte de los clientes preferían sentarse en las sillas de la barra, cerca de ella. Era tal su éxito y atracción que había pocas probabilidades de que Bette conversara con alguien que no fuese él; y eran muchas noches donde Herbert volvía decepcionado a su casa, pero cuando podía hablar con ella lograba una mágica sensación de bienestar que perduraba durante días.

En una de esas noches le comentó que solía ser rápida quitándose el uniforme de camarera. Tenía permiso para utilizar los tocadores de los artistas pero ella prefería la despensa cercana a al mostrador donde trabajaba, era un lugar rápido para cambiarse y más adecuado para volver a ponerse las vestimentas decentes y aburridas que llevaba la gente en el exterior. Para ella era un trabajo más, no disfrutaba mucho pero tampoco disfrutaba fuera de él. Suministraba alcohol a los clientes y ellos le recompensaban con propinas y entretenimiento para lidiar con las largas horas de música, botellas, aplausos y humo.

La puerta se abrió sin hacer mucho ruido pero los altos tacones de Bette anunciaron su llegada antes de tiempo. Sus pequeños rizos se asomaron tímidamente, oscuros ante la penumbra del callejón. Llevaba una gabardina larga y una bufanda enorme de terciopelo beis. Herbert se quedó mirándola, esperando un saludo que nunca llegó. No parecía ser una de esas noches que quería hablar con él, pese a la llamada.

Aquello que escondía estaba detrás de unos ojos secos y tenues que se posaron en él, la perfecta antítesis de su característica mirada felina. El rímel del izquierdo estaba ligeramente difuso al igual que su rostro. Se apoyó en la puerta después de cerrarla y levanto la mano haciendo saber que tenía un cigarro entre sus dedos. Hizo un gesto para pedir fuego y Herbert le entregó una pequeña caja de cerillas. Las cogió evitando el contacto entre sus manos y lo encendió con una larga aspiración mientras guardaba las cerillas en uno de sus bolsillos de su gabardina, sin mirar a Herbert en ningún momento. La ascua y el fulgor de sus labios teñían de rojo la bruma de la noche, cubriendo su figura del mismo modo que ocultaba sus secretos. Bette, la ardiente camarera del Ónice, en ocasiones una cálida hoguera y otras un incendio impasible.

— Un lugar poco agradable para volver a vernos — soltó Herbert mientras apoyaba un pie en la otra pared del callejón, cansado ya, sin apenas

haberse sumergido en el juego de enigmas que intuía la actitud de Bette.

Ella abrió la boca para soltar un bloque de humo blanco. Sus ojos, marrones como el barro congelado de una tundra, no dejaban de mirarle sin mostrar la calidez que siempre tenían.

— Es muy peligroso este callejón — volvió a decir al no obtener respuesta —. Cualquiera puede esperar aquí para cometer alguna fechoría.

— No te preocupes por mí —llevó el cigarro a sus labios con tranquilidad —. Siempre salgo acompañada.

La música del interior del Ónice no evitaba el silencio escarchado que gobernaba el ambiente. La situación empezaba a desbordar la paciencia de Herbert. Después de tantos casos a sus espaldas había logrado mantener un estado perpetuo de tranquilidad en sus encuentros con la incertidumbre pero la frialdad de Bette empezaba a provocar quemazones en su sosiego.

— ¿A qué se debe todo esto? — preguntó sacando una mano de los bolsillos y señalando el espacio que había entre ellos.

Bette se acabó el cigarro dejándolo caer al suelo, como si se hubiese escurrido de sus dedos. Herbert notó que sus ojos palpitaban levemente, al igual que sus labios.

— Lo de anoche — logró decir, como si vomitase las palabras. Al sacarlas algo tembló en su interior, desmoronándose la firme muralla que había edificado. Dejó de mirar a Herbert y agitó la cabeza, negando con rapidez —. Lo de anoche... Fue un error. Yo no quería. Fue el alcohol — cerró los párpados y le señaló tímidamente con la barbilla —. Tú.

Herbert enarcó las cejas y resopló con ligereza. Pese a que la parca revelación no era una gran sorpresa tras lo acontecido desde que salió por la puerta ya sabía por qué se comportaba así y, resignado, le resultó molesto tener que volver a lidiar con el regusto amargo de un dulce.

— No lo pareció — replicó con sequedad — En su momento no parecía que pensases de ese modo.

— Me animaste a beber — Bette empezaba a encenderse, no como a Herbert le gustaría —. Nunca bebo cuando trabajo, no sé por qué lo hice.

— Disfrutamos los dos — contestó calmado —. Yo me lo pasé bien, tú no demostraste lo contrario.

El agradable recuerdo de esa noche se convirtió para Herbert en una pieza

más del puzle fangoso que formaba su pasado.

Como era frecuente en él, la noche anterior acabó su jornada en el Ónice. Últimamente estaba yendo demasiados días, desde hace dos semanas no había recibido ningún caso, quizá debido a los rumores de ineficiencia que se habían propagado por la ciudad tras la resolución del último, por lo que veía lógico a la vez que práctico abandonar antes la oficina y matar las horas muertas en la barra del club en vez de en su escritorio.

Mientras terminaba su primer dedo de whisky se percató de que Bette no hablaba con nadie, algo inusual en ella. Siempre estaba risueña e inclinada en la barra, escuchando o conversando con alguien entre los tiempos muertos en los que no atendía, pero esa noche estaba cabizbaja y apartada, limpiando los vasos con movimientos lentos y pesados. Al principio no le dio mucha importancia pero pasaron los minutos y seguía igual, restregando con desgana la barra con la mirada inclinada y perdida en el vacío, formando círculos eternos con el húmedo trapo en un mismo lugar. Ahí Herbert confirmó que le pasaba algo, algo malo. Y quería ayudar. Si no podía averiguarlo para saber si podía solucionarlo se conformaba con animarle durante el rato que estuviese en el club.

Decidido, se terminó el poco whisky que quedaba y le chistó señalando su vaso. Ella levantó la mirada y rápidamente agarró la botella más cercana, acercándose a él con una sonrisa triste en una cara desganada.

— ¿Qué te pasa hoy, preciosa? — preguntó Herbert mientras la camarera rellenaba el vaso.

— Nada — contestó Bette, intentando que un suspiro se convirtiera en una palabra.

Herbert esperaba una respuesta no amistosa pero sí extensa que desencadenase otros temas de conversación, como era habitual.

— Ven, déjame invitarte a una copa.

— No, no debería.

— Hazle ese favor a este viejo detective. Veo que estás triste y me gustaría regalarte algo.

— No, pero gracias por la invitación.

— Venga, seguro que te anima. Mi camarera favorita no se encuentra bien y me gustaría hacer lo que sea para cambiar eso. No puedo ofrecerte nada más, no tengo ningún ramo de flores ni un paquete de buen tabaco. Ahora mismo solo puedo invitarte a una copa e intentar ayudarte mientras

me cuentas por qué estás así.

Herbert se levantó de la silla y se inclinó hacia delante para coger uno de los vasos guardados en el hueco debajo de la barra.

— Un dedo.

— Solo un dedo — remarcó Bette con un atisbo de sonrisa natural.

Los músicos cambiaban y las canciones pasaban. Herbert no consiguió sonsacar lo que le ocurría, solo frases sueltas entre miradas rasantes y manos ocultando su rostro, intentando que las lágrimas no llegasen a salir.

— Todo va a cambiar… No sé si lo merezco… Estoy llena de dudas…

Herbert intentó hacerle reír al ver como ella no conseguía abrirse. Tras una hora consiguió que dejase de estar ausente, volviendo a ser la cálida camarera que siempre era. El alcohol avivó la hoguera.

Tras vaciar once vasos cada uno terminó el turno de Bette y fueron a casa de Herbert. Ella le confesó que no tenía ganas de volver a la suya, él se dejó llevar cuando recibió un beso mientras le desabotonaba la camisa.

Cuando despertó ella no se encontraba en su casa pero creyó que ambos lo pasaron bien. No le dio mucha importancia. Tampoco al recibir la llamada ni mientras esperaba en el callejón. Nunca pensó que Bette fuese a reaccionar de esa manera.

— No, no lo entiendes — ella volvió a negar con la cabeza y apartó su mirada hacia el suelo para después cerrar los ojos, apretando los párpados. La mano que antes agarraba el cigarro se agitaba nerviosamente —. Estoy empezando a conocer a alguien. No debería haber sucedido esto. Lo has estropeado todo.

Herbert dejó de apoyarse en la pared y se acercó levemente a Bette. Ella se dio cuenta del avance del detective y levantó la mirada para volver a centrarse en el suelo, asustada.

— Yo no sabía eso. No puedes echarme la culpa a mí. Siempre es entre dos personas. Y somos personas adultas. Piensa por un momento y deja de ser tan infantil.

Bette se metió sus manos temblorosas en los bolsillos de la gabardina.

— Cometí un error. Puede que haya sido culpa mía. Pero no solo mía. Lo que hice estuvo mal y nadie debe saberlo. No… No puedo tolerar que se descubra. Por fin he encontrado a... — Bette alzó la cabeza y sus ojos se

encontraron —. Por fin puedo decir que soy feliz y nadie va a estropearlo.

— Por mi parte no diré nada, si esa es tu preocupación. Considero que eres una buena persona y no voy a hacerte nada malo.

Se oyó un disparo. Herbert retrocedió tambaleándose hasta llegar a la pared más cercana, golpeándose la espalda y luego la cabeza en el duro muro de ladrillos. Confuso, con la boca húmeda y luchando por mantener levantados los ojos, miró a Bette buscando una respuesta.

— Lo siento. No debe haber cabos sueltos en esta historia. Lo siento mucho.

Herbert intentó dominar sus tirantes brazos para detener el brote de sangre pero apenas podía mantener las manos en el estómago: el dolor era intenso y junto al temblor en los dedos no lograba una adecuada presión. Las piernas fallaron y se derrumbó, chocando nuevamente su cabeza pero esta vez en el suelo.

Mareado, vio a Bette acercarse con unas pinzas cosméticas en una de sus manos pero apenas notó su presencia; el frío del asfalto empezaba a recorrer todo su cuerpo, un frío que insensibilizaba en su gélido y asfixiante abrazo hasta que todo se emborronó en una oscuridad silenciosa.

Herbert sintió un puñetazo en el interior de su abdomen. Abrumado por el dolor y falto de aire, abrió los ojos y aspiró enérgicamente. La garganta y los pulmones se llenaron de un gélido líquido de sabor metálico. Su sorpresa fue sustituida por el asombro sin apenas llegar al segundo tras notar como sus pies no estaban apoyados en un suelo firme, suspendidos en medio de una inmensa cantidad de agua tras sentir la presión líquida que impedía agitar con mayor velocidad sus brazos y piernas. No podía ver nada, estaba todo oscuro. En su vano intento de situarse, el primer impulso que tuvo fue nadar enérgicamente hacia arriba pero paró perplejo al comprobar que podía respirar.

Volvió a mirar a su alrededor pero nuevamente fue en vano. Mientras realizaba círculos con sus extremidades para no hundirse y mantenerse en un sitio fijo descartó la idea de haberse despertado en las profundidades del mar puesto que el líquido no era agua sino algo distinto, algo que no podía llegar a catalogar. Por tanto, estaría en una honda piscina o amplio tanque de agua y avanzó nadando hacia un lateral, luego a otro al no

encontrar nada y por último hacia delante y atrás al sucederle lo mismo. Tras no existir ningún tipo de límite la única conclusión era que estaba en un inmenso conjunto de dicho líquido pero no llegó a imaginar qué recipiente físico podría almacenarlo. Él, seguro, estaba cercano al fondo del mismo por la falta de luz, a bastantes metros de la superficie, o quizá esto último fuese debido a que el extraño líquido tuviese un color negro para colaborar con la absoluta oscuridad. Otra opción podría ser que ambas suposiciones fuesen ciertas.

Se dio cuenta de lo agitado que se encontraba: los músculos en tensión, los ojos inútilmente abiertos sin apenas pestañear, la boca jadeante y los movimientos salvajes. Decidió calmarse para sopesar la situación de forma más pausada aunque no se culpó de ello por la incertidumbre de haberse despertado en dichas características.

Lo más intrigante era, aparte del lugar, la naturaleza del líquido. Estaba sumergido, completamente rodeado, en algo que no era agua pese al ligero toque salado que tenía. Al no serlo, su cantidad era extrañamente abrumadora y lo más desconcertante era que no se ahogaba pese al paso de los minutos. No notaba ninguna diferencia entre al aire común y el líquido aunque con cada respiración los pulmones recibían un frescor ciertamente molesto y su boca, al igual que los orificios de la nariz, empezaba a empastarse como si una fina capa de metal cubriese sus paredes y lengua. Aunque tenía cierto beneficio no haberse ahogado, no ayudaba la ausencia de lógica de todo lo que estaba pasando. Era una sensación desagradable no poder deducir nada. Todo estaba oscuro. No podía ver. Tampoco oír nada salvo un silencio subacuático. No podía encontrar ninguna respuesta.

Necesitaba recapacitar, repasar todo lo sucedido. Si no había una respuesta en el dónde quizá podía encontrar una solución en el por qué. Lo último que recordaba era el disparo de Bette, su caída al duro suelo y el dolor intenso en el estómago. Como un relámpago se llevó las manos donde había notado el impacto de la bala pero solo encontró su piel lisa, sin ningún agujero. Se preguntó si había sido un sueño pero no tenía sentido despertarse después en una pesadilla. Las ganas de escapar de ahí y dejar de no ver nada eran mayores, necesitaba fijar sus pensamientos y esfuerzos en un único objetivo. La salida de ese lugar quizá significase encontrar la claridad de la situación y llegar a una explicación.

Había que ascender y así lo hizo impulsándose hacia arriba, decidido a no parar hasta encontrarse con algo que no fuese ese extraño líquido; llegar a uno de los extremos de esa piscina, ese lago o ese océano; alcanzar un límite para guiarse y no tener la sensación de estar rodeado solamente de lo mismo.

Intentó contar los segundos a la vez que las brazadas para después calcular la profundidad pero perdió la sincronización al volverse más lento en su avance. También por recordar el encuentro con Bette. Había sido disparado, no cabía ninguna duda; el dolor del impacto de la bala que se expandió por todo su abdomen fue demasiado intenso como para ser imaginado pese a que ya no había ningún agujero en su cuerpo. Antes de desfallecer vio como Bette se acercaba a él con unas pinzas cosméticas, quizá para quitarle la bala y evitar que fuese identificada en la investigación del crimen pero no respondía al hecho de que la herida había desaparecido. Esa cuestión estaba vinculada al acceso de dicho lugar, el cómo llegó y dónde estaba; qué sucedió después del disparo. La primera idea que llegó a su mente fue que la camarera había llamado a unos conocidos de su confianza o dinero para ocultar su cuerpo lanzándolo al mar pero todo se derrumbaba por el detalle de la herida y la naturaleza del líquido. Descartando de nuevo la hipótesis de un tipo de contenedor debido a la inmensidad del lugar se le ocurrió que tal vez había sido drogado. Respondía a la irrealidad de la situación a la vez que el realismo que estaba sintiendo. Humedad en el cuerpo, frío en los pulmones y el empastado en la boca; demasiado intenso para ser un sueño. Le llegó a la mente las extrañas historias de fantasía y terror que se podían encontrar en las revistas de papel amarillento de mala calidad que se habían vuelto tan populares en los últimos años. Aunque a Herbert le parecían llamativas las portadas por sus coloridas ilustraciones nunca se había animado a leerlas aunque sí conocía las premisas o detalles de algunas de sus tramas por lo que había escuchado de conversaciones ajenas; quizá una de ellas se retuvo en su subconsciente y ahora estaba recreándose en una alucinación. O de verdad era un protagonista de ese tipo de ficciones y estaba siendo en ese momento un viajero inesperado a otra dimensión o una víctima de abducción por una extraña nave para ser depositado en un lejano planeta. Su lado deprimente, sin embargo, suponía que había muerto y estaba en el limbo o en un círculo del infierno, sufriendo una tortura especialmente diseñada para él aunque no lograba encontrar significado de la metáfora de estar rodeado del exótico líquido.

Herbert concluyó que estaba senil. Todo lo que se le ocurría no tenía ningún sentido. Era una insana demencia. Quizá se hubiese vuelto loco después de tanto estrés acumulado en su carrera de detective; tantos casos, tantos acercamientos a la locura y la miseria que puede crear el ser humano. El inmenso volumen de líquido estaba en su cabeza, la imaginación de un demente en un hospital tras haber querido escapar de la crueldad de la vida.

Muchas suposiciones. Estaba pensando demasiado, no sabía cuanto llevaba ascendiendo pues apenas estaba cansado para calcularlo con el método del agotamiento pero, posiblemente, había buceado mucho por el paso del tiempo. Se le ocurrió que, debido a la nula orientación que tenía al no poder ver nada, si acaso estaba dirigiéndose hacia abajo en vez del aparente arriba pero la duda se disipó en ese instante, cuando vislumbró

un cambio tonal en la lejanía de su delante. Aumentó la velocidad, ilusionado; estaba acercándose a la superficie.

Con cada nueva brazada se veía una zona difusa que mostraba la luz que venía del exterior. Nadó con más fuerza, con rabia e ilusión; realizando las patadas con potencia, ascendiendo con rapidez hasta que llegó al límite, una inmensa barrera de color negro que le impedía seguir avanzando. Se acercó con lentitud, prudente. La luz entraba a través de ella y dejaba ver la textura que tenía su superficie, formada por irregulares cruces de líneas paralelas y perpendiculares que presentaban un ligero volumen cambiante, como si formasen pequeñas aumentos y descensos en su altura y grosor; una caótica pero apretada rejilla. Al acercarse a los rayos que se filtraban descubrió que el líquido no poseía transparencia alguna, siendo también enteramente negro; la oscuridad inicial no era debida solamente a la profundidad. Animado por las primeras revelaciones, estiró el brazo para poder tocar la barrera, temeroso en un principio por si fuese a reaccionar de alguna manera pero no hubo ningún tipo de respuesta. Comprobó que era una inerte y fina tela mojada, rugosa y flexible. Ya más tranquilo y relajado por la agradable sensación al tacto que tenía, se animó a empujarla con la otra mano. La tela se elevó varios centímetros y las yemas de los dedos escaparon del líquido, saliendo a la superficie, afirmando sus sospechas de que al traspasarla llegaría a un exterior seco.

Herbert agarró la tela con ambas manos e intentó romperla, estirando sus brazos en direcciones opuestas pero, aunque apenas tenía un dedo de grosor, era un tejido muy resistente y no lo consiguió. Manteniendo la sujeción tensó su columna, dobló los brazos y apretó su rostro contra ella para que sus ojos sobresaliesen varios centímetros, escapar de la tiranía visual del líquido y descubrir aquello que se encontraba en el exterior. La tela era semitransparente pero le impedía mirar con claridad, formaba un filtro negro y borroso pero apreció un círculo de luz naranja en un cielo blanco. Se animó al notar la existencia del sol. Miró alrededor pero apenas podía ver nada claro: alzándose desde el horizonte lejano existían borrosas manchas enormes de distintos colores destacando una enorme figura similar a una montaña que se erguía inmensamente desde la lejanía; su altura hacía que el cielo fuese más lejano que de costumbre. Mientras, en la superficie parecía que solo existía la gigantesca extensión de tela que protegía el líquido negro donde estaba. No se conformó y estiró el cuello al máximo además de aumentar la velocidad de las patadas para impulsarse y tensarla más, logrando elevar sus ojos unos pocos centímetros, suficientes para comprobar que la extensión de tela tenía un límite o eso parecía, su superficie no era siempre negra y más allá cambiaba a un color blanco. Emocionado por el descubrimiento empezó a bucear hacia dicha zona con energía.

Al avanzar en paralelo a la tela le estaba resultando más complicado que cuando ascendía. Se dio cuenta que antes, mientras intentaba ver a través de ella, movía sus piernas con rapidez ya que si paraba se hundía.

Parecía que su peso se multiplicaba cerca de la superficie o una fuerza mayor le arrastraba hacia abajo puesto que no tenía esa sensación cuando estaba a mayor profundidad; al principio con estar quieto se quedaba suspendido en el líquido. Pese a ello prefirió no descender y avanzar cerca de la superficie aunque tuviese que esforzarse más, quería tener una referencia cercana por si más adelante debía volver a asomarse y comprobar si estaba yendo en la dirección correcta.

El trayecto estaba resultando demasiado largo y Herbert volvió a reflexionar para lidiar con el tiempo. No entendía qué había hecho para acabar sufriendo dicha experiencia. La vida de detective crea enemigos que orquestan retorcidas venganzas pero nunca se había imaginado que Bette acabaría siendo la ejecutora de una de ellas, si acaso se le podía considerar como venganza. No sabía lo que había sido en realidad… Un probable caso de crimen pasional, quizás. Le había disparado por haber compartido una noche juntos, sin más. Obviamente, por las escuetas palabras de la camarera, en su mente Herbert había colaborado en una infidelidad pero para él fue de forma involuntaria, no sabía nada del nuevo amor de ella; la única culpable era Bette, por su nula capacidad de contenerse. Y tras haberse dado cuenta de su error no encontró otra solución que romper con todo lo que suponía un problema para su nueva relación pero había sido demasiado rápido, decidido apresuradamente en un solo día. Desde que vio con quién se había acostado seguramente su cabeza había sido un hervidero de caóticas ideas. ¿Acaso creía que él le había emborrachado? Cualquier pensamiento no culpable para ella podía haber sido una justificación válida. Herbert desechó pensar más y concentrarse en el avance pues nunca encontraría explicación a lo que estaba viviendo por mucho que repasase el pasado, parecía que todo estaba fuera de la lógica. Quería salir de allí, tener los pies en suelo firme y empezar a respirar aire sano.

Tras avanzar unos minutos en silencio notó una pared con la misma textura de la tela pero en esta ocasión detrás se encontraba una sólida superficie. Descendió unos metros mientras la palpaba y vio cómo se extendía verticalmente hacia las profundidades. Volvió a ascender y, ansioso, tanteó con ambas manos el perfecto ángulo recto que formaba la esquina de su cima, estirando uno de los brazos lo máximo que pudo por la tirantez de la tela y comprobando que seguía a lo largo y ancho. Se emocionó al afirmar la existencia de tierra firme.

Herbert dejó su antebrazo apoyado en la superficie sólida y estiró la tela agarrándola con las dos manos. Así podía realizar más fuerza que al intentar romperla cuando estaba suspendido en el líquido, sin ningún punto de apoyo. Seguía siendo muy resistente pero no se rindió, el momento de la salida estaba demasiado cerca como para abandonar. Tensó los músculos al máximo, apretó dientes y párpados para sacar fuerzas de todo su cuerpo. La arrugó, la golpeó, la mordió con rabia y furia hasta que empezó a deshilacharse. Emocionado y sin llegar a

creérselo, con manos temblorosas pero constantes en su labor, la desgarró rápidamente, formando un gran agujero que dejaba entrar la luz del exterior. Cegado por el intenso fulgor cerró los ojos pero no se detuvo y salió por fin del líquido negro, tambaleándose al principio hasta que pudo ponerse de pie y acostumbrarse a la ausencia de la húmeda oscuridad.

Sin el filtro borroso y oscuro que provocaba la tela, el sol naranja se convirtió en una enorme lámpara de tungsteno y el cielo en un techo blanco de enormes proporciones. Aturdido ante su primera visión parpadeó varias veces y giró sobre sí mismo intentando encontrar alguna explicación a su alrededor.

Había estado sumergido en un gigantesco lago cubierto de la tela negra y, por lo que podía deducir dada su extensa longitud, parecía una perfecta circunferencia según la curvatura que formaba la orilla. El lago estaba en una llanura de color beis claro y al ver que no era arena ni nada semejante se agachó para poder tocarlo. Era duro pero no pudo identificar qué era: ni tierra, madera, metal o asfalto. El paisaje era rugoso, poseía pequeños hoyos, montículos y surcos que rompían la monotonía de la llanura al igual que la existencia de más lagos, quizá cubiertos de la misma tela negra pero no llegaba a estar seguro por su lejanía; solo podía confirmar que no eran círculos perfectos, cada uno poseía distintas formas aunque le llamó la atención que formaban pequeños grupos de líneas, como si hubiese un patrón.

La llanura parecía no tener fin pero no llegaba al infinito. A su alrededor vio elementos en la lejanía que se asemejaban a una habitación de una casa de clase media excepto por su enorme escala: los muebles alcanzaban los kilómetros de altura. Cuando Herbert se percató de la figura que sostenía la llanura donde se encontraba dio unos pasos hacia atrás, incrédulo y asustado, hasta que no encontró ningún sentido a su minúscula huida y perdió todas las fuerzas para seguir de pie.

Con la cabeza llegándole a doler por la gran apertura que estaban sufriendo sus párpados contempló asombrado el gigantesco humano que sobresalía del horizonte de la llanura, como un imponente volcán en medio de un océano. Lucía y vestía corriente, como cualquier persona que podía haberse cruzado en las calles de la ciudad, y miraba directamente a donde Herbert se encontraba según la posición de sus iris, con gesto sorprendido según la apertura de la boca y el ángulo que formaban sus cejas. Lo único diferente que tenía de la normalidad era su tamaño y la extremada lentitud de sus movimientos, exageradamente ralentizados pues tardó más de cinco minutos en levantar las cejas para completar su cara de sorpresa.

Calmado por dicho detalle Herbert se levantó y siguió analizando el exterior. La llanura aparentaba ser una plataforma pues estaba elevada

respecto a la habitación: el gigante la sostenía con sus manos como indicaba la colocación de sus brazos y su cintura estaba cortaba por el horizonte beis. Si quería escapar de allí sería difícil pues la altura era considerable según la escala y dudaba que hubiese una escalera para bajar de allí además de que luego, si acaso alcanzara el suelo de la titánica habitación, no sabría adonde dirigirse ni qué hacer. También podía dialogar con el gigante, ver si tenía algunas respuestas o soluciones, pues por la diferencia de tamaño dudaba que pudiese escucharle, aunque parecía haberle visto por el gesto que llevaba minutos formando en su rostro. Esa era otra cuestión, la diferencia de velocidades que imposibilitaba una conversación inteligible. Otra posibilidad era explorar la llanura y comprobar si había alguien de su mismo tamaño, dentro o fuera de los otros lagos.

Herbert paró en seco y se preguntó qué estaba haciendo: había aceptado que aquello estaba sucediendo en realidad. Tras un largo suspiro dirigió su mano hacia el bolsillo de su gabardina para sacar un cigarro y se dio cuenta de que estaba completamente desnudo y cubierto del líquido negro; con la tensión de salir del lago y después encontrarse con aquello que le esperaba en el exterior no se había dado cuenta. Rasgó su brazo con las uñas para quitarse el horrible líquido de encima pero no lo consiguió, estaba bien adherido a su piel como si fuese alquitrán y desistió rápidamente de su limpieza.

Sin tabaco para relajarse comenzó a andar, alejándose del lago negro. Consideró que un paseo era una magnífica idea para aclarar su mente o hacer tiempo para que disminuyese la cantidad de sustancias psicotrópicas que tenía en el cuerpo pues nada más podía confirmar la locura que estaba viviendo; andar era la única opción viable al no ocurrírsele qué podía hacer en esa llanura vacía de absurdas proporciones.

Apenas recorridos diez efusivos pasos notó una extraña sensación en su mano derecha, similar al hormigueo posterior de un entumecimiento pero diferente, no era ningún picor ligero sino que parecía liberar una molestia inexistente hasta entonces. Levantó el brazo y Herbert se sorprendió al ver como no tenía mano en su extremo: el líquido que cubría su cuerpo había desaparecido en esa zona y no albergaba nada. Dejó de andar en un impulso seco. Pensó en un momento si se había convertido en un hombre invisible e intentó agarrar la mano translucida con su otra mano pero solo se encontró con aire y vacío. Aterrorizado por su ausencia miró donde debería estar la muñeca y pudo ver el interior de su brazo, hueco con las paredes igual de negras que su piel.

Herbert respiró agitado. Se estaba volviendo loco, sin duda; todo se estaba volviendo cada vez más perturbador y retorcido. Levantó la cabeza sospechando de que fuese obra del gigante pero la montaña humana estaba dirigiendo su mirada hacia el norte de la llanura o así lo

demostraba el pausado movimiento ascendente del iris, alejando su vista de donde él estaba. La mezcla de decepción y alivio duró poco pues un intenso cosquilleo se extendió por todo el interior de su cuerpo. Jadeó con fuerza desgarrando el silencio con un sonido aterrador cuando al aspirar no le llegó nada de aire. Probó con la boca, después con la nariz y nuevamente con la boca pero nada le funcionaba. Asustado, cayó de rodillas en un acto reflejo y golpeó su pecho intentando reanimar sus pulmones si acaso ese era el problema pero solo recibió dolor.

Su instinto le gritó que regresase al lago y respirase el negro líquido. Herbert se levantó impulsivamente, decidido a correr como nunca lo había hecho en su vida pero a los tres pasos notó la misma extraña sensación de la mano desaparecida en su pie izquierdo y perdió el equilibro, estampando su cabeza contra el suelo al intentar apoyarse con un brazo que ya no existía. Con los ojos acuosos, los labios hinchados y un sabor aún más metálico en su boca, dirigió su mirada hacia el pie confirmando que también había desaparecido.

Herbert levantó la vista: el lago estaba a escasos metros y se dirigió hacia él, arrastrándose con las pocas fuerzas que le quedaban pues se sentía enormemente débil. Extendió su único brazo intacto hacia delante y elevó el tronco para impulsarse hacia delante, reduciendo la distancia. La siguiente vez le costó aún más pero insistió, tenía que alcanzar la orilla y sumergirse con sus últimas fuerzas.

Los segundos pasaban con un ritmo ambivalente, percibía a la vez como el tiempo alternaba entre la lentitud y la rapidez. Sus pulmones se comprimían en su pecho y notaba como su tráquea se arrugaba en dos sentidos diferentes. Vivía en un jadeo eterno, estaba a punto de implosionar. Los párpados le ardían y la tensión de los ojos hacía notar que estaban más fuera que dentro. La cabeza le daba vueltas, los músculos estaban obstruidos y le costaba enormemente moverse; tampoco notaba su otra pierna pero no quiso mirar hacia ella. Pero Herbert seguía centrado en lograr su objetivo, solo tenía que mirar al frente y avanzar, ya quedaba poco para llegar al lago; podía rozar casi la orilla pero se derrumbó como un castillo de naipes al ver como en su mano comenzaron a desaparecer los dedos.

Con el rostro presionado en la superficie de la llanura aceptó que no podía hacer más; las fuerzas no existían cuando apenas había cuerpo donde almacenarlas. Si iba a morir prefería que su cadáver mirase el cielo a que le encontrasen con la barbilla anclada en el suelo. En un último esfuerzo animado por un grito ahogado se impulsó con un hombro y las caderas para darse la vuelta. Cuando se encontró con una enorme lámpara de techo cayó en la cuenta de donde estaba, sus últimos momentos no estarían dedicados a contemplar un hermoso cielo azul pintado de nubes blancas. Tampoco iban a encontrar su cuerpo pues poco le quedaba para desaparecer de la forma más literal. Se rio al ver como su último acto

había sido en vano y giró con desgana el cuello para ver por última vez a la montaña humana, el lejano y ajeno acompañante que tendría en su muerte.

Herbert apenas podía ver nada en claro por el nerviosismo, la tensión y las lágrimas pero logró captar como el gigante dejó de mover su iris hacia arriba, fijando su mirada en una zona lejana de la llanura para empezar a realizar un movimiento horizontal en sus ojos, hacia su derecha. En ese instante una violenta fuerza tiró de Herbert, arrastrándole con velocidad por el suelo. Todo se tornó oscuro y volvió a sentir la humedad en su cuerpo.

Herbert sintió los pies en el suelo. Liberó una tímida sonrisa y apretó los puños, emocionado. Su mano derecha se encontraba en un completo brazo derecho. Movió los veinte dedos de su cuerpo y comprobó que todos estaban en su sitio.

Abrió los ojos. Se encontraba en el callejón detrás del Ónice. Estaba vestido con su indumentaria característica y enfrente se encontraba Bette, cerca de la puerta que daba a las cocinas. Se acarició el ala del sombrero y asintió, saludándola con moderada alegría.

Había sido todo un sueño, un delirio. La bruma saliente del alcantarillado, la música del interior del Ónice, las paredes de ladrillo áspero… Todo conocido y con sus correctas proporciones. Absorto y empapándose del nuevo encanto de la ciudad de la noche, Herbert recordó la mescalina de un caso cerrado que guardaba en su despacho como prueba no concluyente y sopesó si habría segregado algún vapor que hubiese afectado a su cabeza provocando que su mente divagase en unos segundos surrealistas percibidos como una eternidad; tendría que preguntar mañana a algún contacto que tuviese conocimientos químicos aunque dudaba que la sustancia hubiese salido de su bolsa de plástico y propagado por el aire.

Su cabeza estaba en ebullición, demasiados pensamientos en la cabeza durante un tiempo muy reducido a pesar del mareo que sufría, como si se hubiese sacudido violentamente todo, tanto él como su alrededor. Lo último que recordaba era estar pensando sobre la última noche con Bette. Oportunamente, ella empezó a hablar cuando le miró a los ojos.

— No, no lo entiendes — negó con la cabeza mostrando un rostro triste y bajó la mirada —. Estoy empezando a conocer a alguien. No debería haber

sucedido esto. Lo has estropeado todo.

Herbert arqueó una ceja. Las palabras que acababa de oír resonaron en su cabeza como ecos ya escuchados en un pasado cercano. Observó de nuevo a Bette y apreció como las manos de la camarera temblaban. El disparo. Ella lo tenía premeditado desde que le llamó por teléfono. Todo tenía sentido: había vivido una premonición, un regalo divino para evitar un nefasto destino. Se acercó con violencia hacia la camarera y preguntó qué estaba pasando pero de sus labios salieron:

— Yo no sabía eso. No puedes echarme la culpa a mí.

Desconcertado, Herbert intentó parar de hablar pero no lo consiguió y continuó hablando.

— Siempre es entre dos personas. Y somos personas adultas. Piensa por un momento y deja de ser tan infantil.

El rostro cabizbajo de Bette no podía apreciarse pero apenas le cambió el gesto. Se metió las manos en los bolsillos de la gabardina. Herbert sabía lo que significaba eso e intentó agarrar el brazo y quitarle la pistola pero no pudo, se quedó parado escuchando como ella hablaba con una débil voz.

— Cometí un error. Puede que haya sido culpa mía. Pero no solo mía. Lo que hice estuvo mal y nadie debe saberlo. No… No puedo tolerar que se descubra. Por fin he encontrado a... — Bette levantó la vista y Herbert entró en pánico al encontrarse con sus ojos —. Por fin puedo decir que soy feliz y nadie va a estropearlo.

Herbert intentó huir al ver como no podía detener el disparo pero sus piernas estaban petrificadas y su cuerpo se mostraba impasible a sus órdenes, como si estuviese preso en un molde invisible hecho a su figura que le impedía mover siquiera un dedo. Su cerebro gritaba de impotencia y pánico mientras de su boca salían palabras que no quería decir:

— Por mi parte no diré nada, si esa es tu preocupación. Considero que eres una buena persona y no voy a hacerte nada malo.

La bala entró en sus entrañas a la vez que el sonido del disparo se propagó por el callejón. Las rodillas clavándose en el frío asfalto le devolvieron el control de su cuerpo. No logró oír las últimas palabras de Bette, su mente se había vuelto un torbellino de preguntas y alaridos desesperante pidiendo un absurdo auxilio. Los colores de su alrededor se apagaron y unas lágrimas de impotencia salieron de sus ojos inertes.

Herbert abrió los ojos y la boca al límite de las comisuras de sus labios y párpados después de sufrir un violento golpe en el lugar donde hace unos momentos había albergado el trayecto de una bala. La oscuridad dio paso a una oscuridad húmeda. Volvía a estar en el interior del lago.

Sin dudar ni un segundo dio una patada con rabia, impulsando un vertiginoso ascenso con impetuosas brazadas, apretando los dientes hasta que le dolieron las encías, exprimiendo todas las fuerzas que necesitaba para llegar cuanto antes al exterior. Nada importaba ya. Alguien estaba jugando con él. Bette, el gigante o quien fuese.

Llegó rápidamente a la tela, tardó muy poco ya fuese por nadar con energía o por haber perdido la noción del tiempo con tanta rabia que nublaba y desbordaba todo su ser. La canalizó desgarrando el tejido de la barrera usando sus dientes, uñas y todos sus esfuerzos. Sabía que había perdido el control. Agitó los brazos con furia hasta lograr una apertura. El golpe de luz fue más fuerte que en la anterior ocasión pero sus ojos se acostumbraron rápido.

El gigante miraba un extremo de la llanura y se lamía su gigantesco dedo pulgar. Herbert empezó a gritarle para llamar su atención. Se agarró a la tela para salir del líquido y ponerse de pie en la superficie de la cubierta pero patéticamente lo estaba logrando: la tela se hundía al no tener ningún apoyo sólido para mantenerse firme y cubría de líquido el exterior que cedía ante su peso.

Herbert propinó varios golpes de impotencia a la tela antes de volver a sumergirse. Decidió que tenía que volver a la orilla; ahí podría ponerse de pie en tierra firme y llamar la atención del gigante. Buceó lo más rápido que pudo sin importarle nada más que llegar y cumplir su objetivo.

Llegó al límite del lago con los músculos inflados y tensados pero no fue inconveniente para romper la tela nada más agarrarse a ella. Sacó la cabeza enérgicamente pero no hizo lo mismo con el resto del cuerpo al quedar impactado tras ver como el horizonte de un lado de la llanura había dejado de existir: el gigante tenía agarrado con su pulgar lamido y su índice un extremo lejano de la superficie beis, una esquina, levantándola como si fuese la mitad de un extenso manto rectangular para caer en la zona donde Herbert se encontraba.

Herbert no supo reaccionar y se quedó absorto, alucinando al presenciar como el flexible terreno que se levantaba tapaba la luz de la lámpara,

después la montaña humana y por último el resto de la gigantesca habitación que rodeaba a la llanura, ya envuelta en la penumbra. Lo último que apreciaron sus ojos fue que los gigantescos lagos de la superficie beis que estaba sobre su cabeza eran en realidad letras mecanografiadas que formaban frases narrando lo sucedido en el callejón.

Ante la revelación, la mente de Herbert desconectó para divagar en un vacío existencial. No se percató cuando todo se inundó en la oscuridad y el violento impacto le empujó con fuerza hasta las profundidades de su lago circular.